



"adóro te devóte, latens déitas, te qui his formis vere látitas: tibi sur cor meum totum súbicit, qui te contémpans totum déficit"

ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 3- Nº 35 – Ene / Feb 2009



Con la celebración del Miércoles de Cenizas se abre para los creyentes un tiempo de gracia inigualable que la tradición y la liturgia de la Iglesia han denominado “Cuaresma”; vocablo con profundas raíces en la espiritualidad bíblica, orientada a mostrar la historia de un Dios cercano, que se ha encarnado para nuestra liberación, y sobre todos para regalarnos por pura gracia el poder compartir de su vida divina.

Siempre se dice que la Cuaresma es un tiempo preparatorio para la Pascua, lo cual es cierto ya que el fin último de esta cuarentena no es otro que el de purificar nuestro corazón, para que renueve en la cincuentena pascual; la entrega y consagración ya realizada en el bautismo, y que anualmente es remozada en la celebración de los santos misterios de la Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión del Señor.

Por todo esto la Cuaresma es el tiempo de la penitencia, pero no una penitencia mórbida y farisaica, sino todo lo contrario; una penitencia surgida en la plena conciencia de que hemos obrado mal, del que el pecado ha debilitado, y cuidado sino, aniquilado nuestra relación de amor con Dios, lo cual ha generado en nosotros no solo la infelicidad y la tristeza sino la dura experiencia de la muerte; y claro está, entendida esta no como la simple desaparición física, sino como la dura experiencia de sentir la ausencia de aquel que es la Vida, y al cual hemos despreciado con nuestra actitudes.

Por eso la Cuaresma es tiempo de verdad, de sinceridad de corazón, tiempo de “retornar a casa” diciéndolo en lenguaje del hijo prodigo, en donde descubrimos que no solo externamente sino que internamente hemos abandonado el hogar del Padre, que nos hemos dejado seducir por las apariencias, por la comodidad, por la murmuración, por la pereza y por un sin fin de pecados que muy sutilmente nos han alejado del verdadero camino de la felicidad, que se encuentra en Dios. De allí que este no sea un tiempo de simples obligaciones como el ayuno, la oración y la limosna, sino más bien es el tiempo propicio en el que dándonos cuenta de nuestra condición de pecadores, libres y concientemente optamos por el retorno a casa.

Pero este “regresar” no debe ser entendido únicamente para aquellos quienes por gracia de Dios, encontrarán en estos días un momento de gracia particular y regresarán a la iglesia después de años de secularismo; sino también para nosotros los que como el hijo mayor de la Parábola, nunca nos hemos ido de casa, los que asistimos a misa regularmente, los que acudimos periódicamente a la adoración eucarística y los que de alguna u otra manera hemos descubierto nuestra misión dentro de la comunidad de los creyentes. Este tiempo de alguna manera también es un momento privilegiado para nosotros, que en lo profundo del corazón anhelamos y suspiramos por la misericordia de Dios.

Esta es la razón por la cual la liturgia de la Iglesia nos introduce en este santo tiempo con las palabras de Jesús, recogidas por san Mateo en el “Sermón de la Montaña”:... “y tu Padre, que ve en lo secreto”... (cfr. Mt 6,3). Con lo cual más que condenar cualquier actitud puramente externa, el Señor quiere introducirnos en el profundo misterio que significa “la vida interior”.



“adóro te devóte, latens déitas, te qui his formis vere látitas: tibi sur cor meum totum súbicít, qui te contémpans totum déficit”

ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 3- Nº 35 – Ene / Feb 2009

Y entendida esta no como la simple práctica supersticiosa o psicológica de una mal sana actitud introspectiva; sino como la verdad suprema de creer que Dios habita dentro de nosotros, y que el mejor lugar, desde donde surgen y fluyen el ayuno, la oración y la limosna, es desde dentro del corazón de cada uno, donde él habita secretamente, donde nos espera a cada instante, donde infunde el santo deseo y el sublime anhelo de buscarlo y seguirle a cada instante.

Allí en lo profundo del corazón, en lo más secreto del alma, donde nos mostramos a él tal y cual somos, donde no podemos escondernos ni justificarnos de nuestras ofensas; desde donde el Señor observa nuestro sufrimientos más profundos, y desde donde quiere curar y sanar nuestras heridas. Allí el lugar secreto, donde el Padre ve todo, por que habita en él secretamente.

Convirtámonos hermanos y corramos tras Cristo y su gracia, busquemos encontrarlo no solo en las cosas externas, sino en aquellas que tocan lo más profundo del corazón; allí nos espera el Resucitado, con sus llagas trasfiguradas por el amor, allí quiere hablarnos al corazón, y transformarlo en uno semejante al suyo; solo depende de nosotros y de nuestra disposición; ojala y en estos cuarenta días que caminaremos juntos como iglesia por el desierto de la penitencia nos dejemos encontrar e iluminar por el Señor, Amigo de la Vida, y como San Juan de la Cruz, suspiremos diciendo en lo profundo de nuestra alma:

¡Cuan manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
cuan delicadamente me enamoras!.

Así sea.



“Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayais tocando la trompeta por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga.

Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.

Cuando recéis no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga.

Cuando tú vayais a rezar entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

Cuando ayunéis no andéis cabizbajos, como los farsantes que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga.



ADÓRO TE DEVÓTE

Boletín Electrónico de Viva Jesús Sacramentado <http://www.jesus-sacramentado.org> - Año 3- Nº 35 – Ene / Feb 2009

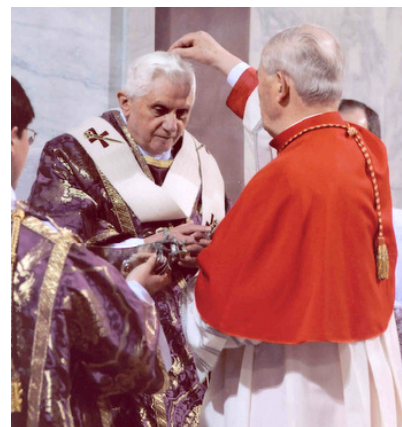
Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará”.

Mt 6,1-6.16-18.



VOX SUMMI PONTIFEX

“La oración de Cristo alcanza su culmen en la cruz, expresándose en las últimas palabras que recogieron los evangelistas. Cuando parece lanzar un grito de desesperación: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado» (Mt 27, 46; Mc 15, 34; cf. Sal 21, 1), en realidad Cristo hace suya la invocación del que, asediado por sus enemigos, sin escapatoria, sólo tiene a Dios para dirigirse y, por encima de todas las posibilidades humanas, experimenta su gracia y su salvación. Con esas palabras del Salmo, primero de un hombre abrumado por el sufrimiento y, después, del pueblo de Dios inmerso en sus sufrimientos por la aparente ausencia de Dios, Jesús hace suyo ese grito de la humanidad que sufre por la aparente ausencia de Dios y lleva este grito al corazón del Padre. Al orar así en esta última soledad, junto con toda la humanidad, nos abre el corazón de Dios. Así pues, no hay contradicción entre esas palabras del Salmo 21 y las palabras llenas de confianza filial: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46; cf. Sal 30, 6). También estas palabras están tomadas de un Salmo, el 30, imploración dramática de una persona que, abandonada por todos, se pone segura en manos de Dios.



La oración de súplica llena de esperanza es, por tanto, el leit motiv de la Cuaresma y nos hace experimentar a Dios como única ancla de salvación. Aun cuando sea colectiva, la oración del pueblo de Dios es voz de un solo corazón y de una sola alma; es diálogo «de tú a tú», como la conmovedora imploración de la reina Ester cuando su pueblo estaba a punto de ser exterminado: «Mi Señor y Dios nuestro, tú eres único. Ven en mi socorro, que estoy sola y no tengo socorro sino en ti, y mi vida está en gran peligro» (Est 4, 17 l). Ante un «gran peligro» hace falta una esperanza más grande, y esta esperanza es sólo la que puede contar con Dios”. (Homilía del Papa Benedicto XVI miércoles de cenizas 2008, Basílica de Santa Sabina Roma)



O SALUTARIS

*No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, que
aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera, pues
aunque lo que espero no esperara, lo mismo
que te quiero te quisiera. Amén.*